



ENRIQUE A. S. DELACHAUX

† 10 DE ABRIL DE 1908

Una complicación inesperada, sobrevenida en el curso de la grave enfermedad que le tenía postrado y que ya parecía evolucionar hacia la mejoría tantas veces deseada, ha producido el fallecimiento del señor don Enrique A. S. Delachaux: pérdida altamente sensible, casi irreparable, no sólo para el Museo de La Plata al cual se hallaba estrechamente vinculado como director de la Escuela de Geografía y Dibujo y consejero académico, sino para la Universidad nueva que podía contarle como uno de sus mejores elementos por su reconocida ecuanimidad y preparación indiscutible.

El señor Delachaux, aunque nacido en Neuchâtel (Suiza), el 18 de abril de 1864, era ciudadano argentino desde su llegada al país el año 1888.

Realizó sus primeros estudios en el colegio Pestalozzi en Iverdom, complementándolos en la Escuela de Dibujo y Matemáticas de la misma ciudad; y, luego más tarde, frecuentó diversos cursos de la *Sorbonne* y del Museo de Historia Natural de París.

Durante su permanencia en Francia, formó parte del *Bureau Géographique* fundado por Vivien de Saint-Martin, y allí pudo colaborar en diversas obras geográficas y cartográficas, especialmente en las publicaciones y atlas históricos y modernos de aquel conocido geógrafo, de Lognon, de Schrader, etc.

Llegado al país, y después de una breve estadía en el Departamento de ingenieros de la provincia de Buenos Aires, el doctor Francisco P. Moreno le llevó al Museo de La Plata para hacerse cargo de una nueva sección de geografía, que se organizaba por aquel entonces. Allí, su labor de gabinete fué continua, pues se deseaba comenzar á la brevedad posible la publicación de un gran atlas de la República Argentina, para lo cual se hacía necesario reunir materiales y organizar los ya existentes.

Esta tarea fué interrumpida en 1896; el doctor Moreno acababa de ser nombrado perito en nuestro secular pleito de fronteras con Chile y, desde entonces, Delachaux dirigió la sección cartográfica y ocupó hasta 1903 la secretaría de la comisión demarcadora, aportando á la labor común de sus miembros, tan poco divulgada y peor recompensada, toda su actividad y conocimientos especiales.

Terminado el viejo litigio, con la demarcación del árbitro sobre el terreno, el señor Delachaux fué designado en 1904, catedrático de Geografía física en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires, y jefe de la sección cartográfica del Instituto Militar del Gran Estado Mayor.

Por último, en 1905, cuando el doctor Joaquín V. González esbozaba los grandes lineamientos de la Universidad platense, quizo ofrecer á Delachaux un puesto de confianza y de trabajo; el año siguiente, era nombrado director de la Escuela de Geografía y de Dibujo de nuestro instituto, y en ella ha desempeñado, también, la cátedra de Geografía física; siendo, además, consejero académico del Museo y delegado ante el Consejo Superior.

Y en los nuevos cargos, confirmó una vez más sus antecedentes de laboriosidad honrada y proficua. Su gestión en la Escuela de Geografía y Dibujo, debe señalarse especialmente: realizó un caso de verdadera identificación: en los últimos tiempos, puede decirse que el señor Delachaux había dedicado todas sus energías al servicio de esa sección, que se perfeccionaba y crecía día por día por las mejoras diversas que le sugería su larga práctica.

La índole especial de los cargos desempeñados por el señor Delachaux, que le obligaban á un trabajo diario continuo y nervioso, no le ha permitido dejar una bibliografía copiosa. La mayoría de sus artículos son de combate, en pro de la teoría argentina en la cuestión de límites con Chile, y vieron la luz pública en diversos diarios políticos de Buenos Aires. Sin embargo, debemos mencionar en este grupo de sus publicaciones, al concienzudo examen crítico del estudio del señor Juan Steffens, que publicó en 1899, en la *Revista del Museo de La Plata* ¹.

¹ *Límites occidentales de la República Argentina. El artículo del doctor Juan Steffens: La cuestión de límite chileno-argentina con especial consideración de la Patagonia. Exa-*

También entre sus mejores producciones se cuentan : la conferencia inaugural del curso de geografía en la Facultad de Filosofía y Letras ¹; y las memorias sobre las tierras australes ², la población de la República Argentina ³ y los problemas geográficos que ofrece nuestro territorio ⁴.

Entre sus trabajos cartográficos, que suman decenas y se hallan dispersos en multitud de publicaciones desde la *Argentine Evidencee* hasta el artículo de diario, mencionaremos el *Atlas meteorológico de la República Argentina* ⁵, que deja inconcluso, y el gran mapa mural de nuestro país publicado en 1906.

Su estudio póstumo, que no tuvo tiempo de ver impreso, se inserta en esta REVISTA, y en él se ocupa de la división del territorio argentino en regiones físicas.

El señor Delachaux era también un conferencista ameno, un divulgador amable; y puede citarse, como una de las mejores, su conferencia en la serie de las dadas en 1907 en la biblioteca de la Universidad de La Plata.

El fallecimiento del señor Delachaux, produjo en los círculos universitarios de La Plata y Buenos Aires una sensación de pesar intenso. Enterado de la desgracia, el señor presidente de nuestra Universidad envió el siguiente telegrama :

Chilecito, 10 de abril de 1908.

Señor director del Museo de La Plata.

Recibo con intensa pena la noticia del fallecimiento del eminente y querido profesor Delachaux, una de las piedras angulares de la Universidad y sabio servidor del país en momentos más difíciles. Ruégole transmita al Consejo Académico y á la familia mi pésame más doloroso. Salúdalo.

Joaquín V. González.

men crítico, en Revista del Museo de La Plata, IX, 3-78, con 2 planchas y una figura en el texto. La Plata, 1899.

¹ *La geografía física moderna, en Revista de la Universidad de Buenos Aires, II, 123-136. Buenos Aires, 1904.*

² *Antártida, en Boletín del Instituto Geográfico Argentino, XXII, 144-160, con un mapa. Buenos Aires, 1904.*

³ *La población de la República Argentina. Su repartición, densidad y ley de crecimiento, en Revista de la Universidad de Buenos Aires, III, 18-38, con 2 mapas. Buenos Aires, 1905.*

⁴ *Los problemas geográficos del territorio argentino, en Revista de la Universidad de Buenos Aires, V, 130-144 y 201-227, con 2 planchas y 2 figuras en el texto. Buenos Aires, 1906.*

⁵ *Atlas meteorológico de la República Argentina. Primera parte. Provincia de Buenos Aires, 23 páginas y 24 mapas. Buenos Aires, 1901.*

Por otra parte, la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires suspendió sus clases como manifestación de duelo, y otro tanto se hizo en todos los institutos de la Universidad de La Plata. En el acto del sepelio, hicieron uso de la palabra el señor director del Museo profesor don Samuel A. Lafone Quevedo; el doctor E. Herrero Ducloux, en nombre del Consejo Superior de la Universidad y del Consejo Académico del Museo; y los señores J. M. Rey, A. C. Herrera y S. Debenedetti, en representación de los alumnos de las escuelas de Dibujo y Geografía y de la Facultad de Filosofía y Letras.

He aquí el discurso del doctor Herrero Ducloux :

Señores :

En nombre del Consejo Superior de la Universidad y del Consejo Académico del Museo, vengo á rendir el homenaje de afecto y de respeto que merece la memoria del profesor Enrique A. S. Delachaux.

Al aceptar tan doloroso encargo, no he pensado en traeros la palabra de consuelo que necesita vuestro espíritu : ante el amigo perdido, ante el maestro ausente no he creído que debía sujetarme á simples formulismos y trazar aquí la vida interna de trabajo afanador, que ha vivido nuestro compañero de ayer : el grano de arena que es la carga de la hormiga es la obra del hombre, ante la grandeza de la muerte.

Yo querría haceros sentir intensa, profundamente, la impresión de estupor que me produjo la noticia del desenlace que creíamos tan lejos, y las amargas reflexiones en que me sumergió esta cruel ironía de la suerte, mientras sonaban en mi oído aquellas palabras del *Libro de mi amigo* « las personas queridas no deberían morirse ».

Y recibido el golpe, sacudido aún por el choque, bajo el bosque que el viento hacía vibrar como un arpa inmensa, me sentí envuelto, rodeado de los espíritus que en sus libros me han hablado del doloroso trance, como acuden los amigos cerca del caído, unos con la palabra que levanta cariñosa y cálida, otros con la risa burlona, con la ironía fría, con la palabra de duda que atenacea el ánimo y lleva á la desesperación y al desaliento.

Ha muerto, ha huído hacia esa región del silencio y del olvido, á ese país de sombra y de misterio de donde jamás se vuelve : ha abandonado el yunque en la mitad del día, vencido tras cruenta lucha y sin volver el rostro se aleja cada vez más en el tiempo que incesante pasa. Es como el cadáver del marino lanzado al océano, que se hunde en el abismo azul de capa en capa, sin tocar jamás el fondo ó las orillas, y se pierde en la semiobscuridad verdosa hasta que al fin se disgrega y desmenuza, volviendo al torbellino de la vida.

La razón se resiste á aceptar sin protesta esta rapacidad ciega de la muerte : llamad en vuestro auxilio todos los dogmas y todas las creencias y los credos más consoladores no alcanzarán á sofocar el amargo sollozo que oprime la garganta, la impresión penosa del derrumbe. ¡Cuánto dice en su silencio trágico

la boca de la tumba! Algunos creen que aquí todo concluye, otros sostienen que todo empieza: todos se engañan, porque el misterio de la vida y de la muerte no se sondea con la lógica del sentimiento. Quizá fué en el borde de un sepulcro, donde el espíritu taciturno de La Rochefoucauld dijo que la filosofía triunfa del pasado y del porvenir, pero es vencida por el presente, y este momento adquiere un poder desconocido en esta mansión del sueño que no acaba.

La invisible fuerza que enaja el cristal de hielo en el estanque, es la misma que madura el grano en el fondo de la flor marchita; la energía que multiplica los infusorios en la infecta ciénaga, es la que hace palpitante el huevo bajo el ala del pájaro en el nido; la potencia que disgrega la montaña y pulveriza los organismos muertos es la que rige la respiración suave del niño dormido en la cuna. Perpetua renovación, cambio incesante, evolución sin tregua que á nuestros ojos pasa, y de nosotros mismos se apodera con indiferencia glacial: es el ángel de la muerte que concibió Wallin el poeta escandinavo, la intrusa que Maeterlink soñó en pavoroso drama, la compañera que Lucrecio enloquecido buscó sin encontrarla.

Formamos parte de ese sistema que comienza en el electrón, fracción de átomo, para terminar en el infinito; somos gotas de agua de ese gran río que constituye la humanidad tan lleno de miserias y de dolores, de ironías y de injusticias; y menos aún, somos copos livianos de seda que en el capítulo seco de los cardos viene á arrancar el viento en las llanuras, para arrastrarlos en sus torbellinos ó abandonarlos en el fango, felices si logramos antes de perderlos, depositar la semilla en el repliegue del surco, asegurando para el mañana las flores violadas que decoran la desnudez de las pampas.

Los hombres superiores como Delachaux, los espíritus de cultura profunda como el compañero querido que hemos perdido, no necesitan creer en recompensas de ultratumba para llegar á la abnegación y al sacrificio: su tarea de sembradores de ideas les enseña que no hay nada tan noble como pagar á los que han de sucedernos la deuda contraída con los que nos precedieron; que los más puros placeres son los que proporciona el culto de la verdad en la naturaleza; y que la muerte debe ser mirada como el necesario término de la vida, porque una vida sin muerte sería como un fruto maduro que no se desprende de la rama que vió florecer la Primavera. Pero lo desconsolador es que este fin prematuro no puede justificarse, no satisface á la razón, y el desaliento asoma y se insinúa en el ánimo ante la injusta suerte, de aquel que trabajó mucho sobre la tierra, en la patria de su adopción y de sus afecciones, en su campo de estudios poco cultivado hasta hoy y donde llegó á ser maestro eximio.

El consuelo que podemos tener es pensar que la ley universal con él también ha de cumplirse: el viento se ha apagado sobre el mar sin límites y, sin embargo, la ola engendrada corre sobre el agua como escalofrío gigantesco y va á sonar en la playa desierta, coronada de espuma. El sembrador desaparece, mas no importa: ya asomarán las yemas buscando el sol, y luego cuando el campo sea como una inmensa ola de oro, las bandas de los pájaros piratas harán oír el himno de los trigos, el eterno canto de la vida triunfadora de la muerte.

Un maestro que deja discípulos no muere nunca, y sois vosotros promesas de saber y de virtud, quienes perpetuaréis mejor que la lápida, coronas ó him-

nos, la memoria del hombre de ciencia que el Museo contaba como una de sus columnas más fuertes.

Para todo hombre joven que siga la escondida senda de que habló el poeta. Delachaux es ejemplo digno y raro, tan digno de imitar como difícil de igualar, pudiendo decirse de él que realizaba el tipo ideal del sabio alejado del camino estrecho de la ambición sin fruto, repartiendo su tiempo entre la ciencia de su predilección y su hogar tan risueño ayer y destruido hoy.

Y ahora debemos separarnos.

Este momento solemne va á huir de nosotros en el rodar perpetuo del tiempo, y bien pronto no será sino un triste recuerdo, confundido con las melancólicas añoranzas de nuestra niñez, con las despedidas hechas en la puerta del hogar, en lejana provincia cuando abandonábamos el nido caliente todavía para buscar en la gran capital el porvenir tan lleno de promesas.

El torbellino de la vida que vivimos, el vertiginoso movimiento que nos empuja, sujetos á obligaciones ineludibles y á graves responsabilidades, distraerá nuestra mente de tristes preocupaciones: pero si como la cuna vacía ó el juguete olvidado hacen revivir el recuerdo del pequeño hijo muerto, las huellas que ha dejado en el Museo de La Plata, su obra personal en la Universidad renovarán su imagen ante nuestros ojos y creeremos honrar su memoria respetando los rumbos por él soñados, en esta gran obra que debe sobrevivirnos, en este organismo gigante, del cual somos simples rodajes, menos aun, dientes de rueda.

¡Compañero de labor, amigo leal cuya pérdida consideramos irreparable, si me escuchases desde el seno de Dios donde reposas, yo te pediría como Renán á su hermana muerta, que nos iniciases en los secretos que dominan la muerte, que nos impiden temerla y que casi nos la hacen amar!

Y tus palabras como aroma de invisible incensario, nos harían más llevadera la pesada carga á través del camino de la vida hasta que el ala de la muerte nos llevase á la isla del ensueño, donde quizá no existe ni el placer ni el dolor.

He dicho